

MIGUEL DELIBES

Obras completas VII
Recuerdos y viajes



Este volumen recoge toda la producción memorialística y de viajes de Miguel Delibes, que en buena parte no había sido recopilada en forma de libro antes. Escritos autobiográficos: «Mi vida al aire libre, Un año de mi vida, Recuerdos, Amigos. —Libros de viajes—: Por esos mundos: Sudamérica con escala en Canarias; USA y yo; Europa, parada y fonda; Dos viajes en automóvil: Suecia y los Países Bajos; La primavera de Praga».

Mi vida al aire libre
Memorias deportivas de un hombre
sedentario

1989

No puedo meditar sino andando; tan luego como me detengo, no medito más; mi cabeza anda al compás de mis pies.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU, *Las confesiones*

No se debe prestar fe a ningún pensamiento que no haya nacido al aire libre.

FRIEDRICH NIETZSCHE, *Ecce Homo*

I. La herencia

A mi padre se le adivinaba la ascendencia europea en su afición al aire libre. No es que fuera un *sportman*, como se decía a comienzos de siglo del señorito ocioso dado a los deportes, pero sí un hombre que con cualquier motivo buscaba el contacto con el campo. Este hecho era raro en España, no sólo a finales del siglo XIX sino en el primer cuarto del siglo XX. El español del 900, ese hombre de cocido, cigarro y casino, relacionaba indefectiblemente la idea de campo con la idea de enfermedad. Fernández Flórez hacía humor a su costa y, en una de sus novelas, presentaba a un jefe de negociado, asfixiado por el oxígeno en una excursión a la montaña, que a duras penas conseguía recuperarse bajo la atmósfera de humo provocada artificialmente por sus subalternos. Francisco de Cossío, hombre de cachimba y tertulia, sostenía que el sol y el aire devoraban la salud del hombre lo mismo que decoloraban las batas de percal de las muchachas. Mi padre, pese a pertenecer a la misma generación, tenía un concepto más moderno sobre el particular: la naturaleza era la vida y era preciso conservarla y disfrutarla. Él salía al campo en todas las estaciones del año. Y pese a ser muy sensible a las corrientes de aire (se enfriaba con un soplo) y a tener un oído delicado para cualquier clase de ruidos, lo hacía ligero de ropa, y en primavera encontraba un atractivo incomprensible en el monótono y penetrante canto de los grillos. Todavía le recuerdo en los ribazos de Zaratán o en las onduladas siembras de Simancas, agachado en los trigales, reclamando a la codorniz o sacando grillos de sus huras cosquilleándoles con una paja. En casa había una grillera de tres pisos, de seis apartamentos, y en el mes de mayo el albergue se llenaba y los con-

ciertos crepusculares, que enfurecían a los vecinos, reunían para él propiedades no ya gratificadoras sino sedantes. Los alimentaba con lechuga (escogiendo las hojas más frescas de las que mi madre subía del mercado), y al caer la tarde aquellos bichitos insignificantes habían transformado la verdura en unas bolitas negras, aovadas, la freza, bolitas que delataban su presencia en las pequeñas huras del campo. A su juicio, los franceses estimaban mucho la compañía de los grillos (y quizá fuera cierto) pero nosotros, los españoles que le rodeábamos, no llegábamos a comprender que para él, que le sacaba de quicio el vagido remoto de un niño, comportase algún placer aquel cricrí sin modulaciones, reiterado e interminable.

Yo no tuve conciencia de que mi padre y yo estábamos en el mundo hasta después de haber entrado aquél en la cincuentena. Se había casado maduro (a los cuarenta y dos años) y, habiendo sido yo el tercero de ocho hermanos, cuando le conocí él ya había cumplido los cuarenta y siete. Al alcanzar la edad del discernimiento supe que mi padre sabía nadar como un pez desde la infancia y que de joven había corrido carreras de bicis en Salamanca y Valladolid con su hermano Luis, don Julio Alonso, don Narciso Alonso Cortés y los hermanos Sigler. Pero cuando me enteré de esto ya no corría porque no había bicis ni se bañaba en el río ni en el mar porque se enfriaba. En el aspecto deportivo, salvo la caza, la pesca de cangrejos y el paseo, mi padre vivía de recuerdos, procurando transmitir a su prole sus conocimientos, de tal modo que, nos gustase o no, apenas cumplíamos seis años, nos amarraba una soga a la cintura y desde la orilla del río o desde el malecón, si era en el mar, nos lanzaba al agua y nos sostenía con la cuerda un rato cada día hasta que, al cabo de una semana, nos soltábamos a nadar solos. La bicicleta era regalo algo más tardío: ocho o diez años. Y la lección que nos dictaba, más sucinta aún que la de la natación. «Pedalea y no mires a la rueda», nos decía. Y nos propinaba un empujón. Al cabo de tres días,

con las rodillas laceradas, ya corríamos solos por el Campo Grande.

Mi padre se rebelaba contra el hecho de que un ochenta por ciento de españoles no supieran nadar cuando sabían hacerlo hasta los perros. Con frecuencia solía decir: «Todos los niños deberían aprender a nadar al tiempo que a andar». Y cada verano, cuando leía en el diario la noticia de un niño ahogado, se ponía de mal humor. No se explicaba la dejadez general ante un problema tan importante y sencillo de resolver. En fuerza de hablar de natación, yo, niño, llegué a considerarle, en mi fuero interno, un Johnny Weissmuller un poco más magro y envejecido. Empero su relación con el agua fría, cuando yo tomé conciencia de las cosas, era más bien platónica y ambigua: la amaba, pero la temía; se mezclaban en él la pasión del deportista y el miedo del catarroso. Y lo peor es que a la más tierna edad ya nos transmitía su recelo: baños sí, pero cortos. Aún lo recuerdo en la playa de Suances, en Santander, reloj en mano, cronometrando nuestras inmersiones (nunca más de diez minutos), la arena resplandeciente, al fondo la Isla de los Conejos. En cambio, don Julio Alonso, otro campeón del biciclo, dueño de la fábrica de galletas La Isabelita, corpulento y atezado, un auténtico lobo de mar, se zambullía una y otra vez, rodeado de una turba de chiquillos, sin tener en cuenta el reloj. Don Julio nos enseñaba a bucear, a hacer el muerto y la técnica del *crawl*. A veces, cuando el mar estaba picado, saltábamos junto a él las olas gigantes y nos sostenía a todos contra su empuje. Era como un dios: dominaba el mar, dominaba la tempestad, dominaba el peligro. Yo, al verle, pensaba en mi padre, en que era una lástima que siendo tan diestro como él no pudiera demostrarlo porque se enfriaba. De ahí nació nuestra secreta aspiración (la de los ocho hermanos): que nuestro padre se bañara y pudiera emular a don Julio Alonso al menos por un día. Este deseo llegó a desazonarnos y en ocasiones, cuando lo veíamos de buen humor, como quien no quiere

la cosa, le preguntábamos si no pensaba meterse nunca en el mar: «Tal vez algún día —respondía él—, pero tendría que hacer mucho mucho calor». No hay que decir que, si amanecía un día sereno, mis hermanos menores, confundiendo el sol con la temperatura, preguntaban a mi padre si el día no era lo bastante caluroso como para que se bañase. «Aún no; todavía no hace suficiente calor», respondía invariablemente mi padre. Pero ellos insistían una y otra vez y él rehusaba, hasta que un día, cansado sin duda del asedio, se consideró en el deber de concretar: «Únicamente me bañaré el día que haga tanto calor que se asfixien los pájaros». A partir de ese día, nosotros no hacíamos más que observar los pájaros, los gorriones en los alambres y las gaviotas en el malecón. Pero unos y otras no parecían sentirse indispuestos por mucho que el sol apretase. Entonces empezamos a recelar que el dicho de mi padre era una evasiva para eludir nuestro acoso: los pájaros nunca se asfixiaban a causa del calor, luego nuestro padre nunca se bañaría, jamás podríamos verle competir con don Julio Alonso. Mi padre, que por aquellas fechas rondaría ya los sesenta, bajaba ordinariamente a la playa con chaqueta y chaleco de la misma tela pero, aquel año, las temperaturas empezaron a subir a primeros de agosto con tanta intensidad que, ante nuestro asombro, un día se despojó de la americana, el siguiente del chaleco y, por último, de los zapatos y los calcetines, de forma que seguía nuestras evoluciones en el agua, con los pies descalzos, reloj en mano, los pantalones arremangados, en camisa y tirantes. La temperatura seguía sin ceder, de manera que por las tardes permanecíamos en casa, con las verdes persianas bajadas, oyendo las piadas agobiadas de los gorriones en las acacias del chalé contiguo. Al tercer día, mi hermano menor, al oír el pío-pío lastimero de los pájaros, miró a mi padre y le dijo con sonrisa intencionada:

—¿Por qué cantarán así los pájaros?

Mi padre la cazó al vuelo y respondió sin vacilar:

—¿Quién sabe? A lo mejor se están asfixiando. —Y como mi hermano continuara interrogándole con la mirada, añadió—: Si el tiempo sigue así, mañana me bañaré.

Al caer el sol, salió de compras con mi madre, mientras los hermanos comentábamos excitados la novedad: «Papá se va a bañar mañana, ¿qué dirá don Julio?». Pero don Julio no tuvo oportunidad de decir nada, porque mi padre y mi madre marcharon lejos del bullicio, a la vera del espigón, y, una vez allí, mi padre se desprendió de su albornoz y apareció con un bañador listado de azul, de media manga, comprado la tarde anterior, se metió en el mar, descarnado y cauteloso, y cuando el agua le alcanzó la cintura, se acuclilló y se puso a nadar, con una braza académica, aburrida, fría, poco excitante, resoplando a cada brazada como una locomotora. Y cuando dos minutos más tarde salió del agua, tan blanco, tan delgadito y anticuado, con sus brazos entecos sin bíceps, y mi madre le ayudó a ponerse el albornoz, los hermanos nos miramos un poco abochornados; pero Adolfo, el mayor, dijo en una tentativa de restaurar nuestra moral:

—A braza nada mejor que don Julio.

Y yo, que no entendía de estilos, me sentí muy confortado con sus palabras y exclamé en plena exaltación:

—Si no se enfriase podría ir nadando hasta la Isla de los Conejos.

Pero mi padre, antes que ciclista y nadador, fue cazador y sobre todo un hombre campero. Desde muy niño lo recuerdo preparando los trebejos de caza las tardes de los sábados: una escopeta inglesa que había adquirido a principios de siglo de segunda mano por mil pesetas (esto de las mil pesetas sonaba entonces, en aquella época y en una casa donde no sobraba el dinero, a dispendio), una canana de buen cuero desgastada por el uso, un morral almidonado por la sangre y la orina de los conejos, un abrigo verde,

peludo, de tacto muy cariñoso, unos leguis marrones, que se abrochaban arriba y abajo con hebillas, y un sombrero de alas caídas, de mezclilla, informe, muy deportivo. A las siete de la mañana del domingo, mi padre ya estaba en danza, nos despertaba a los acompañantes y nos íbamos todos juntos a por el perro y el Cafetín, un viejo Chevrolet de color de la canela, altaricón y aristado, que se guardaba en los locales de la Agencia. Una vez en él, y a una velocidad no superior a los cuarenta kilómetros por hora, nos trasladábamos al monte de Valdés, en el término de La Mudarra, en plena Tierra de Campos. Como el monte distaba treinta kilómetros de la ciudad, el viaje se prolongaba una hora, una hora destemplada, con las solapas de los abrigos subidas, sentados sobre las propias manos para calentarlas con la presión del trasero. Mi padre, envuelto en su peludo abrigo verde, conducía mal. Tenía un temperamento nervioso y no le iba la mecánica. Frenaba a menudo y sin tiento (entonces circulaban aún muchos carros) y no desembragaba a fondo, de manera que al cambiar de marcha, la caja arañaba con un ruido de cadenas arrastradas que producía el efecto de que el coche alazán iba a desintegrarse. No se esforzaba en hacerlo mejor porque esto del automovilismo no lo consideraba un deporte (afirmaba que el deporte lo hacía el automóvil, que era el que corría) y nunca le cautivó. Y tan pronto mi hermano Adolfo, el primogénito, que, por el contrario, era muy aficionado a los coches y muy sensible de remos, cumplió nueve años, le puso al volante y en lo sucesivo fue nuestro chófer. En aquel tiempo no existían guardias de tráfico porque no lo había, no había tráfico quiero decir, de modo que la figurilla de mi hermano, sentado en el borde del asiento para alcanzar los pedales, no escandalizaba a nadie. Sí recuerdo que la carretera estaba infame y mi padre, junto al conductor, sujetaba entre las rodillas el bidón de gasolina de repuesto, para evitar que se le derramase en las botas. (Esto del bidón también tiene su historia, que a lo mejor cuento más adelante).

Mi padre era un perfecto cazador deportivo. Un cazador a salto, de perro y morral, que sabía disfrutar de la naturaleza como nadie. Aún lo recuerdo armando la escopeta en el calvero donde estacionábamos el coche, en pleno monte, junto a un pozo y un abrevadero de ovejas; a la derecha una corpulenta encina centenaria.

—¿Qué? ¿Quién se viene conmigo?

A veces le acompañábamos uno, a veces dos, a veces ninguno. Se nos hacía tediosa aquella caminata en silencio, sin poder enredar con el perro, si es caso vislumbrando entre las carrascas, de tarde en tarde, la silueta fugaz de un conejo. Evoco el silencio del monte, un silencio seco, transparente, al que las fumaradas del aliento espesaban. De tiempo en tiempo, el graznido destemplado de una corneja. Las mañanas en que la bruma levantaba nos sorprendía de pronto el *coreché* de una perdiz. Si saltaba el viento, gemían las carrascas y las ramas de las atalayas entrechocaban y alguna se quebraba. Pero de ordinario los días de invierno en la Meseta eran fríos, quedos, nublos, una película de escarcha en las jaras y los tomillos. Y en aquel silencio congelado se movía mi padre lentamente, silbaba al perro, registraba mata por mata, la moquita brillándole en la punta de la nariz. Y nosotros caminábamos tras él, hacíamos un alto cuando él se detenía, el morral en bandolera golpeándonos las pantorrillas al andar. El aire olía a hielo y al humo distante de los carboneros del picón. Y, de repente, resonaba la detonación, el monte parecía estallar, mi padre llamaba al perro a voces, lo azuzaba, lo ponía apresuradamente en la pista, y el *Boby* zarceaba, iba y venía, desaparecía y, al cabo de un rato, regresaba, alegre, cogitabundo, con el conejo atravesado en la boca. Mi padre le acariciaba la cabeza e intercambiaba con él unas miradas afectuosas e inteligentes que nunca he olvidado. Luego oprimía —mi padre— el vientre blanco del conejo para que orinase y nos lo entregaba para que lo guardásemos en el morral.

—Ojo, no vayáis a perderlo.

El recuerdo más tierno que guardo de mi padre (mi padre no era muy niñoero, ni dado a demostraciones convencionales de cariño) es allí, en el monte, solo, alto, delgado, el perro a la vera, las alas del sombrero de mezclilla sobre los ojos, la escopeta en guardia baja, atento, alerta, como Ortega exigía del cazador. Se le adivinaba en su medio, tranquilo, respirando regularmente, una aromática ramita de tomillo en el ojal de la solapa y una pluma de perdiz en la cinta del sombrero. Al acecho.

Nunca se enroló mi padre en cacerías multitudinarias, ni siquiera de grupo, ni siquiera, si me apuran, de pareja. La caza era para él un rito solitario. Le placía cazar sin compañía, sin testigos de sus afanes, saborear el despertar del día, escuchar el silencio, respirar el frío de la escarcha, crearse su propia suerte. Se armaba rápidamente y era diestro en el tiro a tenazón. Raro era el día en que no aculaba ocho o diez conejitos en el morral, más una perdiz o una liebre para ilustrarlo. Su concentración en el monte era absoluta. Y este ensimismamiento era lo que nosotros, los niños, no soportábamos. La caza exigía excesiva formalidad. Únicamente el perro, olfateando aquí y allá, indagando en los vivares, mirándole de vez en cuando, parecía estar a su altura.

Mi padre crió varios perros pero algunos le duraron tan poco tiempo que ni recuerdo sus nombres. El que coloco a su lado cada vez que evoco su imagen de cazador es el *Boby*, un perrazo perdiguero, rojo y negro, bello y de mucha fuerza. De vientos finísimos, mi padre no podía sujetarlo cuando cogía el rastro de las perdices. Y si las volaba largas, fuera de tiro, le propinaba puntapiés en el trasero hasta que el *Boby* se tumbaba en el suelo, dos patas en alto, amustiaba los ojos y emitía unos histriónicos quejidos de incomprendido. Creo que el *Boby*, con todos sus defectos, fue el mejor perro que tuvo mi padre, el de más bella lámi-

na y el más cazador. Yo lo rememoro especialmente durante las temporadas de codorniz, en la vega de la Sinoba o en los páramos de Quintanilla. Tomaba los vientos de largo, husmeaba con tesón, el morro a ras de tierra, a veces más de cien metros, hasta que daba con el pájaro. Ante su proximidad, el *Boby* levantaba el hocico, acertaba el paso (un paso que se hacía lento, florido, achulado como el de los toreros en algunos lances de adorno) y así se iba acercando poco a poco hasta hacer la muestra. Mis hermanos y yo descubríamos con frecuencia a la codorniz antes de arrancarse, asustada a la sombra de una morena, semicubierta por una hierbecita insignificante, y el *Boby*, que yo creo que también la veía, alzaba sumisamente la mirada hasta mi padre como solicitando su venia. Mi padre le hacía un gesto mínimo con la cabeza o le estimulaba con algunas pocas palabras entre dientes y entonces el *Boby* volaba el pájaro, y una vez abatido, así cayera en el arroyo, en lo sucio, nunca se resistía a su poderosa nariz, hacía la cobra y volvía junto a mi padre con el pájaro en la boca, invisible entre sus belfos colgantes, y se lo entregaba sin machucarle una pluma. El *Boby* murió de viejo y lo enterramos en el patio de la Agencia, el túmulo presidido por una cruz de palos. Creo recordar que la *Ina*, roja y negra también, pero con una veta de perro corrillero aportada sin duda por la madre, era hija o nieta del *Boby*, pero ni su estampa ni su temperamento tenían nada que ver con él. Era una perrilla de labor que a mi hermana Concha y a mí nos desagradaba porque arrufaba si nos acercábamos a ella mientras comía, cosa que jamás hicieron otros perros.

Pero hubo épocas en que mi padre no tuvo perro. Entonces solía buscarlos en la calle, perros sin amo, perros de ciego o guardianes de obra. Del mismo modo que no le agradaba compartir la caza con nadie, no concebía subir al monte sin perro. Esto le inducía a alquilar por un día un perro lazarillo o a secuestrar en el Cafetín al primer perro vagabundo que encontráramos el domingo olisqueando las

basuras. Generalmente eran perros mil leches, descastados, sin una idea definida de lo que era la caza.

—Eso no importa, hijo. Lo que hace falta es que mueva el monte.

Y, en efecto, solían mover el monte pero a veces se asustaban con las detonaciones y salían pitando por el sardón para no volver a aparecer. Estas defecciones, muy corrientes en los canes, se producían también entre nosotros.

—¿Hoy no me acompaña nadie? Está bien, pero tened cuidado con el pozo.

Nos quedábamos en el calvero, rodeados de matas, aislados del mundo, felices, el pozo junto al abrevadero, los camales de la encina grande al alcance de nuestras manos. Trepábamos por ella, nos instalábamos cada uno en una rama, sacábamos agua del pozo y la bebíamos directamente del cubo, los dientes pasados de frío. Después jugábamos a la pelota o al escondite entre las matas, hasta que sobre la una y media o las dos aparecía mi padre. Corríamos hacia él e inspeccionábamos impacientes el morral: dos, tres, cuatro gazapos.

—¿Has visto pocos?

—Pocos. El monte está húmedo y el animal no encama. Están embardados.

Comía mi padre sentado en la piedra del abrevadero, sobre el morral para no enfriarse el trasero. Comidas que recuerdo frugales como las de un pájaro: una loncha de jamón transparente, otra de queso de bola, un panecillo de cinco céntimos al que quitaba la miga y un botellín de leche de vaca. Al terminar, volvía a marchar, otra vueltecita, hasta que la tarde caía y, sobre la línea brumosa del horizonte, se extendía la franja roja del sol poniente.

Con el paso de los años, mi padre me regaló una escopetilla de 12 milímetros. Los cartuchos eran de inocente apariencia pero hacían daño (con ellos derribé mi primera perdiz, varias codornices y un montón de avefrías, a calzón

quieto). En aquel tiempo solía quedarme en los alrededores de la casa de labor (una casona blanca, con carros y remolques en la socarreña y, en la trasera, un patio inmenso donde se oxidaban los aperos y humeaban los montones de estiércol) tirando a las cogujadas, que, no recuerdo por inspiración de quién o por qué motivo, llamábamos de chicos *pajarotas*. Ésa fue la primera sangre inocente que vertí, pero mi padre, seguramente con objeto de dar al arma un alcance más deportivo, pidió un día prestados unos espejuelos (artilugio de madera con redondos cristallitos incrustados capaz de girar sobre un eje que se accionaba a distancia mediante una cuerda) para atraer a los nutridos bandos de calandrias que merodeaban por los rastros del caserío y que, según decían, acudían al engaño creyendo que era agua. Desgraciadamente, nunca supe manejar el señuelo con destreza. Los cordeles se me enredaban, el espejuelo giraba hacia un lado y se atascaba, de forma que yo salía y entraba en el escondrijo tantas veces que acabé ahuyentando a las calandrias fuera de la provincia.

Un día encarecí a mi padre que me dejara acompañarle con la escopetilla. Aunque no lo manifestara, en el fondo de mi alma alentaba la esperanza de derribar un conejo a la carrera delante de mi progenitor. No hubo de qué, claro. Disparé dos o tres tiros a otros tantos gazapos pero debieron escapar muertos de risa con los perdigones a dos metros de sus rabos. Los conejos, regateando entre las jaras, no eran tan fáciles de abatir como las cogujadas. Las matas se interponían entre mi padre y yo, y algunos conejos atravesaban los claros tan raudos que no me daban tiempo ni de encararme la carabina. Pero de pronto sentí una detonación seca a mi derecha y simultáneamente un latigazo en la mejilla. Levanté la mano y la retiré ensangrentada.

—¡Me has dado! —grité, asustado.

—¿Cómo dices?